

## CHILINDRÓN, NOCHE DE REYES



Estaba amaneciendo. Por la ventana entraba una rara claridad. No era la claridad de todos los días, de los días corrientes y molientes: una claridad mate, gris. Esos días la luz se abre paso cansada entre las nubes y a trompicones llega a los tejados. Se queda temblando, roja de vergüenza, en el bosque metálico de las antenas de televisión, entre lianas de cables. La claridad de cualquier mañana llega con ruidos de coches y gente que habla a gritos en la calle.

Pero esa mañana no era así. Se acababa la noche de los Reyes Magos y la claridad del día era blanca y silenciosa. Blanca pero también de oro, rara, como empapada de la luz dorada de los sueños. Esa era la luz –blanca, rubia, callada y

alegre- que llamaba despacito, despacito en la ventana de Chilindrón. Tocaba en los cristales empapados de escarcha.

El cuarto estaba frío y Chilindrón notaba el suelo helado cuando se levantó para asomarse. Con una mano limpió los cristales de la ventana. Y entonces vio. No había nadie en la calle. Las aceras, los árboles, los balcones, los coches estaban cubiertos de nieve. Todas las ventanas de los pisos de enfrente estaban a oscuras. No había nadie en las ventanas, ni siquiera un triste gorrión piando en un alféizar. Nadie. Las ramas de algunos árboles se inclinaban al suelo cargados de nieve blanca. Blanca y virgen como un trozo de pan recién cortado. El día estaba callado, la claridad estaba callada en medio de ese silencio grande y blanco de la nieve.

La calle sola, la nieve silenciosa. Si no había nadie en la calle, si todo el mundo dormía, entonces ¿quién había dejado sus huellas en la nieve? ¿Quién pasó por allí? Sobre la acera de nieve virgen, Chilindrón miró unas pesadas manchas como de botas hundidas en la blancura intacta. Eran seis huellas de botas regias. Había también huellas de pezuñas, animales de pies ungulados, con la uña partida en dos. Cuatro huellas por cada animal, por cada camello. En total, doce huellas: cuatro por cada camello de cada Rey Mago. Chilindrón miraba atónito, sin poder creerse lo que veían sus ojos. Los cerraba y volvía a abrirlos: allí seguían, en hilera, las marcas de las botas: seis huellas de botas, tres por cada Rey. Era todo tan sencillo y exacto como las cuentas en un cuaderno, como la tabla de multiplicar:  $3 \times 4 = 12$ .  $3 \times 2 = 6$ . 18 huellas en hilera. 18 huellas en la nieve intacta.

Pero la nieve, la nieve misma, blanca y silenciosa, era lo más extraño. Seguía cayendo en copos grandes y silenciosos mientras Chilindrón miraba por la ventana. La nieve caía como las páginas blancas de un cuaderno donde las letras se iban borrando. En la calle, la nieve lo iba cubriendo todo, menos aquellas huellas en hilera, que debían de ser de fuego o algo así, como un tizón ardiendo que derretía la nieve que caía en ellas. Qué rara aquella nieve, como página en blanco de un libro de cuentos que aún están por escribirse. Era la noche. Era la luz y la claridad de los Reyes. También venían tres dromedarios.

Imagen: <http://gastronomiayviajes.com/nevada-en-granada-en-2013/>